



La iglesia no ha condenado la bomba atómica. No ha excomulgado a sus inventores. Y hasta quizás la emplee un día para acabar con los Servet y con los Zola.

Otra vez más la ONU y España

La O.N.U. ha iniciado de nuevo sus sesiones y hay quien se queja de que en el orden del día en torno al que van a desarrollarse los trabajos, no conste un punto relativo al problema español.

Verdaderamente, existe todavía el hombre de mentalidad milenaria, porque de no ser así no comprendemos cómo es posible que se espere, a despecho de toda lógica, algo de la actual «Sociedad de las Naciones» y de los Chamberlain de la post-guerra.

Lógicamente, el español consciente tiene que pensar que es preferible que los «demócratas» concurrentes a las sesiones de la O.N.U. se olviden de España, porque es notorio que de mirar hacia ella sólo verán futuros campos de aviación, trincheras defensivas y un par de millones de hombres que bien pudieran hacerse asesinar —sin cordialidad— en un futuro más o menos inmediato.

Pensar que la O.N.U. pueda ocuparse honradamente del problema español, creer en la posibilidad de que dé vida a una solución para nuestro pueblo, no puede ser más que prueba de la existencia de cerebros fósiles y de mentalidades prehistóricas.

La medida de la capacidad realizadora de ese organismo nos la ha dado ya en los largos años de actuación que lleva. Sus soluciones para Grecia, para China y para España, son tan cuidadosamente examinadas que cuando llegan a una conclusión —si las soluciones han de salir de la O.N.U.— ya no quedará bicho viviente en ninguno de esos países.

Unos y otros, americanos, rusos y británicos, epicentros de

la voluntad de la O.N.U., han demostrado en cuantas ocasiones se han presentado, de qué manera son capaces de sostener un problema —enojoso para democracias burguesas y populares— que tiene dos polos tan opuestos como son la libertad y el fascismo.

Los antecedentes de España, su espíritu rebelde y revolucionario, sus ensayos libertarios de la revolución de julio, son cosas tenidas muy en cuenta por los equilibristas del circo de la política internacional. Saben que abrir brecha en el muro del presidio falangista, sería, probablemente, posibilitar el camino de la Revolución Social en España, y a pesar de tener el convencimiento de que no será posible dominar eternamente a nuestro pueblo, prefieren dejar esa cuestión para otro día... lo más lejano posible...

En el orden del día de la O.N.U. no consta el problema español y ni falta que nos hace...

Empieza a ser hora ya de que los españoles del exilio y del interior se percaten de esas realidades y se apresten a actuar en la medida de sus posibilidades propias, soslayando a su vez el magnetismo que pueda ejercer sobre ellos la prestancia de los hombres de la O.N.U.

España es uno de esos problemas de los que la O.N.U. huye. Pero la carrera de tal organismo no debe arrastrar a los españoles. No debe hacerlos huir del problema de nuestro pueblo. Debe hacerlos secundar a los hombres que luchan por liberar a la península ibérica, de espaldas a la O.N.U., que huye y que huirá siempre.

El misterio de la puerta cerrada

Aquel entresuelo de la calle de Urgel era un continuo hervidero entre siete y ocho de la tarde. Nuestros sindicatos, como de costumbre, estaban clausurados por orden del gobierno autónomo. El dúo Dencás-Badia estaba en su apogeo.

Los compañeros, terminada la jornada de trabajo, acudían al local de la «Soli» en busca de «impresiones». En el Comité Regional —un Comité a salto de mata— estaba Ascaso como secretario.

Conocía yo perfectamente la casa. Había entrado como redactor con Falaschi, con el que compartía el llamado «cuarto de las ratas», una secretaria retirada, casi al final de un corredor interceptado por una puerta condenada. Siempre me intrigó aquella puerta, continuamente cerrada.

—¿Qué diablos hay aquí dentro?— preguntaba a Ascaso.

Este, clavando en mí sus grandes ojos verdes, ojos felinos, contestaba con su acostumbrada sonrisa burlesca:

—No seas curioso. No es apto para menores, chaval. Conténtate con no fumar ahí cerca, no sea que vuele la casa.

Y veía yo dejar a Ascaso una estela de colillas humeantes por

todos los pasillos y rincones. El misterio de la puerta cerrada no había de revelarse hasta el 5 de octubre de 1934.

Constituyóse en sus visperas la llamada «Alianza Obrera», formada por comunistas, treintistas y «escamots» de la Esquerra. Nuestros sindicatos continuaron clausurados, y en la madrugada del 5, como en los buenos tiempos de la Dictadura, fueron asaltados los domicilios de nuestros compañeros por la policía catalana, abarrotando celdas y aglomeraciones —Durruti entre ellos— de la Cárcel Modelo.

El movimiento empezó el mismo día 5 con una huelga general por decreto de la Generalidad de Cataluña. Policías y «escamots» obligaron a los trabajadores a dejar las herramientas. So pretexto de reunión clandestina, los nacionalistas rompieron el fuego contra el sindicato de la Madera, cerrado a cal y canto por todos los sellos del gobierno. El resto de la jornada transcurrió en revista de fuerzas permanentes —Badia en cabeza— por los locales de Estat Catalá convertidos en cuarteles.

A las cuatro, estaba el local de la «Soli» atestado de militantes, delegados de barriada y de sindi-

catos. Se hallaba pendiente Ascaso de una conferencia telefónica con el Comité Nacional, sito en Zaragoza.

—¿Qué ocurría en el resto de España? ¿Cuál era la actitud a tomar ante los acontecimientos cuya envergadura se presagiaba? Sólo el Comité Nacional podía aclarar este enigma.

—Oye, chava— me dijo Ascaso—, vas a quedarte aquí atendiendo el teléfono. Nosotros vamos al Pleno. Toma nota de lo que digan los de allá e infórmanles de la situación de aquí. Estos mamarrachos van a empezar por nosotros.

La llamada de Zaragoza coincidió con el asalto de la policía. La puerta se venía abajo mientras trataba yo de entenderme con el Comité Nacional. Antes habían asaltado la administración y talleres del periódico. ¿Qué hacer? Si colgaba el aparato y abría a la policía insistirían los maños en presencia de ésta, que interpondría la comunicación. Opté por dejar descolgado el aparato camuflándole con unos periódicos.

No menos de veinte policías se ve vinieron encima al descorrer la cerradura. Era la primera ola. Un verdadero contingente invadía pisos y rellanos de todo el edificio. Una docena de pistolas hundían su cañón en mi carne, empujadas por manos nerviosas, poseídas de pánico. Las había en mi nuca, espalda, riñones y sienes.

—¿Dónde se reúne el Pleno?— dijo el mandamás en un catalán marigueta.

—Yo no sé nada de Plenos; aquí es la redacción de la «Soli».

—¿Y qué haces tú aquí?

—Tomar cuidado de la casa.

—Pues vas a enseñarnosla enseguida. Hemos visto albarán en el balcón y venimos a alquilarla.

¡Venga, ponte delante!

Parapetados tras de mí empezamos el trasiego, en fila india, por cuartos y secretarías. En la del director no advirtieron el teléfono camuflado, pero sí un tomo de la «Enciclopedia Espasa» que quedó taladrado de un balazo. La bala pasó rozando mi cabeza.

Tenia mis razones para estar tranquilo. El Pleno se reunía lejos y gozábame verlos tan despistados.

Registradas todas las secretarías, enfiamos el corredor, llegando hasta la puerta condenada.

—¿Quién hay ahí dentro?

Me acordé de Ascaso, de sus ojos verdes, de su sonrisa maliciosa y de sus palabras: «Cuidadito con fumar no sea que vuele la casa». Debí repetirlas en voz alta, pues todos los guardias se echaron al suelo. Permanecía yo alelado, con los brazos en alto, en espera de los descontados impactos. Para remate de fiesta sonaron voces detrás de la puerta.

—¡El Pleno! ¡El Pleno!— gritó la voz marigueta.

—¡El Pleno! ¡El Pleno!— aullaron detrás de la puerta.

Se oyó un ruido de carreras con los consiguientes topetazos y aterrizajes. Algunas pistolas se vinieron al suelo. Yo continué clavado como un Dantonegro, poseído de esa inconciencia que imparten las situaciones comprometidas. Un solo disparo hubiera provocado una lluvia de plomo a través de la puerta con quebranto para mi camisa y cuero.

Una voz de mujer hizo el milagro:

—¡Alto! no disparen! ¡Se van a matar entre ustedes mismos!

La confusión era entre guardias desparramados por todas las dependencias de la casa, sin excluir la contigua de la provincial patrona, separada de la nuestra por la condenada puerta.

Aclarado el misterio, tranquilizados hasta los guardias, me espetó el teniente marigueta:

—¡Vamos, eres ingenioso! buena jugarreta nos paraste! ¡No te llevamos, porque eres un mocoso!

J. PEIRATS.

Las mujeres en la nueva sociedad

Mujeres exiladas, excelsas y valientes compañeras de los revolucionarios españoles, ¿habéis pensado lo que representáis para la sociedad futura?

Me sobran razones para decir que muchas han olvidado su propio valor.

Mujeres: comprended que en la sociedad futura que se forme en España, con la acción de esos bravos muchachos, hijos vuestros, que no dejan de hacer justicia a los causantes de tantos dolores, tantos llantos, tantas penas como habéis sufrido, sufrís y sufrís todo el pueblo español, nunca tendréis otra posición que la que

vosotras mismas os deis.

Mujeres: la finalidad de toda vida es el desarrollo del propio yo, de la propia personalidad. Dejád los atavismos de una vieja civilización católica, basada en la esclavitud. No creáis que sólo en los quehaceres caseros está vuestra condición de mujer. Sois iguales a los hombres, tenéis la misma personalidad, hasta en la vida del hogar. En vuestra emancipación consiste la del hijo, de vuestro compañero, la libertad para todos.

Mujeres: desarrollando vuestra personalidad, no estaréis a merced de una unión matrimonial, que muchas veces deja de ser unión, por no ser más que una «cama de llaves» y máquina de procreación. Una muñeca para el hombre que goza de ese estado de inferioridad en que vosotras mismas os colocáis.

Mujeres: con una personalidad desarrollada seréis las compañeras de lucha, de pensamiento, de trabajo, y con el nombre gozaréis de la vida plenamente, seréis felices y dichosas de ver crecer los bellos hijos del amor.

Mujeres: tenéis el deber irrefutable de cultivaros intelectualmente para ocupar el mismo lugar que el hombre en no importa qué función de la sociedad futura. Hay mujeres médicas, abogadas, químicas, ingenieras; éstas son el orgullo del llamado sexo débil, pero demuestran que tienen tanta o más fuerza intelectual que el hombre. Cuando más cultas y cultivadas seáis socialmente, más respeto y más dignidad obtendréis del hombre.

Mujeres: la corona de la vida femenina es la maternidad. No por el hecho de dar a luz un hijo se transforma la mujer en una madre. Para ser madre consciente, es preciso desarrollar la personalidad maternal. Dad a vuestras hijas todas las posibilidades que, vosotras, en el estado actual de la sociedad que estamos superando, no encontrásteis en años anteriores. Es un síntoma de gran estrechez de pensamiento y de poca generosidad, decir: Vosotras no necesitáis lo que yo no tenía.

Mujeres: haceros independientes del juicio de los demás, pensad por vosotras mismas. No repitáis los juicios de todos. Sed mujeres con personalidad propia y despertadéis la sensualidad de vuestro compañero, porque seréis más bellas, más todo... seréis la fuente de su inspiración, de su carácter, de su inteligencia.

Bernardo Pou.

« IDEOBRAMARIO »

Franklin, existencialista

1) No hagas ascos al clarete del mosen, al puding de Milady y a la tética de becerra lechal de Miss Miz-Miz.

2) Os endrogáis conmigo, cuando os escopeteo con perogrulladas de este calibre: «Quien con Dios y con perros se acuesta, con pulgas y cagoulard se levanta».

3) El que en la taberna se tumba jaras de largo litraje más aprisa, es quien más despacio paga el vino y la cuota de la A. F. of L.

4) El huevo en puerta, entre las dos teleras infrarrenas, de hoy, sale más garante de quiebra a mi gazuza, que la pepitoria de gallina de los banquetes republicanos de mañana.

5) La familia de los pendejos y las pendejas, es la más sagrada de la exacta y el calendario; la más granducal y la que más agudamente apesta a rancia cecina. Eso lo comprende hasta un Jage-lón.

6) Levantar tinta a pulso, y no salir como aire por pito con la caja del patrón, después de bir-larle la burguesa, es tristeza inconsolable de perilla de cabra.

7) Desde que le «vide», adorabile montevidé, me pegó un dolor padre al chaleco; y el enloquecido corazón me hunde a puntapiés las cuatro tapias de la caja del tórax.

8) Un campiroi, entre un «grosero» (grocer, abarrotista) y un sheriff, está tan atrapado como un ratón de trapiche entre dos gatzazos como dos abades de la Trapa.

9) Los grandes ingenios crean a brinco—fiorbaba el trovador—. Y, al primer lírico arrebatado, se escuernó la testuza contra un poste.

10) Tres sacristanes guardan el secreto de la raspa que en su compañía arma terremotos detrás de los confesionarios, si a dos de ellos los envenenan con pan eucarístico y el último de la trincea es sordomudo de nacimiento.

11) La peor rueda del carro cargado de pellejos, es la que rechina con mayor agredumbre, y la que más rechinga a las mulas con medallas del tiro, y al carretero que al frente de la procesión y con el cirio de encenderle a Dios

el pelo en alto sube la cuesta.

12) A políticos locos por las dietas—gang de esa y otras gangas— y al caribú o Miura retinto de W. S. (Wall Street) no se les sujeta con máxima de La Rochefoucauld; o dígame hache: con proverbios de Thoreau, de Emerson y de Santayana.

13) Ve al conyungo con ojos como mandarinas y al bateo con clisos como cabezas de alfiler.

14) Tal cual sota de cópulas llega a momial, con ganas de comer a la carta aún. Pero, se ha de asomar a la ventana la primera, que se haga monja de La Rochefoucauld; o dígame hache: con proverbios de Thoreau, de Emerson y de Santayana.

15) Dos orejas de burro en sal y vinagre, secan cien lenguas ciclonianas en aceite ultrarrefino.

16) La pintura de Diego—no Velázquez—Ribera, y el follón atómico que se nos echa encima, para verlos desde lo alto de la chimenea de la Fábrica del Gas; y aunque sea con un cuerno de la luna, entre las dos alas del hgado.

17) Cuando una gacela inocente se queja de migrana sin motivo, en una soaré, es que entre dos luces recibió por la gatera la visita del Santo Espíritu y está bajo la amenaza de que le caiga en la cruz un Niño Jesús como un lechón, cuando menos se piense.

18) El besugo ministerial, que mitinea a lo Lerroux and Company ilimited; y que no dice ni pio en diez ahetes de escofar en el escaño al Exilio y de dar por el ándulo a la plaza de Badajoz, tiene el ojo de cariño en manteca frita y atufa a boquerón de rellenar sevillanas, tres siglos antes de pescarlo y de pescarse el distrito y la cartería.

Angel SAMBLANCAT.

Camina, camina siempre

«¿Cuánto hemos caminado hoy? ¿Estamos más cerca del objetivo que ayer? Si. Un poco más. Nos hemos fatigado antes de lo previsto. Desde que salimos, aceleramos el paso, pero nuestras fuerzas físicas se debilitaron antes de hora. Nos engañaron y nos engañamos; creímos que, acelerando la marcha llegaríamos antes al lugar, y nos hemos quedado a mitad del camino; pero no hay que desmoralizarnos. Reemprendamos la jornada, ésta aunque se nos va haciendo larga y costosa, nos sirve de estímulo a nuestras ansias de triunfo...»

Y seguidamente, después de haber descansado, y hacer el croquis topográfico de lo accidentado del terreno, vuelven a emprender el viaje, con la esperanza de poder alcanzar la altura y la llanura de lo mediato.

Y allá van con el atilto a cuestiones, los que salieron un día del parantifo popular. No caminan ligeros, pero tampoco despacio. Miran y observan, pero siguen adelante inspirados en el bien.

Camina, camina siempre con precaución y detente el tiempo preciso, para recobrar energías. Camina, sin que sombra alguna te desvie. Camina, con la idea de amor, que es idea de paz y fraternidad. Camina, con la mirada fija en el horizonte. Camina siempre, siempre.

«Mirar lo que has andado? ¡Para qué! Has avanzado y esto debe fortalecerte. Lo de atrás... Trátemos de superarlo.

«¿Dónde estás ahora? ¿Dónde estuviste ayer? ¿Qué importa! Todavía hay que salvar la gran distancia que separa a los hombres

del respeto y amor a la dignidad; todavía no se alcanzan, para darse el abrazo fraterno. Todavía existe lo tuyo y lo mío.

Estamos en una era eminentemente materialista. Estamos en la época de las grandes catástrofes morales. Vivimos en un mundo concupiscente, lleno de apetitos lascivos. La humanidad se resquebraja. Atravesamos el desordenamiento de las cosas más apreciadas. ¡No importa! Tal anomalía es beneficiosa, para los que caminan en pos de una era de luz y de esperanzas; de amor y felicidad.

Lo que ayer se perdió, puede recobrase hoy, mañana, cuando sea, siempre que exista la constancia en el hacer; nunca se es viejo si las ideas son jóvenes.

La fuerza impulsora, es la fuerza del progreso, y el progreso es el arma demoleadora de los mitos y costumbres, de las religiones y tradicionalismos; pero en tus manos está que así se haga, que sirva exclusivamente a su cometido.

«Ves aquella luz? Refleja en medio de la penumbra. Es la luz de aquella otra que nosotros dejamos cuando empezamos a caminar. Esa luz no se ha apagado. Alumbra, está alumbrando aún. ¿Lejos? ¿Está lejos de nosotros? Ayer lo estaba más. No lo pensamos. No nos perdimos en el análisis en estos momentos de realidades. Vayamos a ella. Acerquémonos más, mucho más, hasta tocarla, que no ha desaparecido del mundo cruel y tormentoso.

Mira cómo vuela aquel pájaro; cómo canta a la libertad este otro. Los dos son hijos de la navidad.

(Pasa a la segunda).

MINGO.

Los dos elementos básicos

Los progresos de todas las ramas del saber, aunque no se desenvuelven al unísono ni bajo el mismo impulso, terminan por tener contacto y ser agentes de presencia en todo el horizonte social. Todos repercuten en los medios de convivencia humana, y llegan a alterar, al aparecer, o en el curso de su progreso, el sistema de vida que han venido practicando los hombres.

«Ocurre esto como ley indiscutible que todos aceptamos? Sabido es que no. El complejo que se antepone a un grato reconocimiento hacia los agentes que vienen a protegernos es voluminoso y complicado. Tiene, desde luego, sus partes esenciales y de orden secundario. A nuestro entender, lo que puede contribuir a desvanecer el error general, que es donde descansa la resistencia principal a los avances, es la comprensión, ya no solamente del objeto creado en sí, sino de la utilidad que para todos sin distinción puede representar.

Se dirá que esto no es suficiente. Así lo comprendemos. Si dejáramos que los agentes de progreso proporcionaran a todos los hombres, con estricta justicia, lo que pueden dar, mediante la orientación que prima en estos momentos, podríamos levantar como seguro que tal virtud se alcanzará muy tarde. Más para que así no sea, intervienen elementos y situaciones que fuerzan las dificultades, debilitándolas, por lo que se consigue no haya estancamientos ni normas insustituibles.

Las creaciones todas tienen una amplia base cultural. Ninguna de ellas es proplamerle producto de un ingenio personal. Y si las miramos en su corriente divulgativa

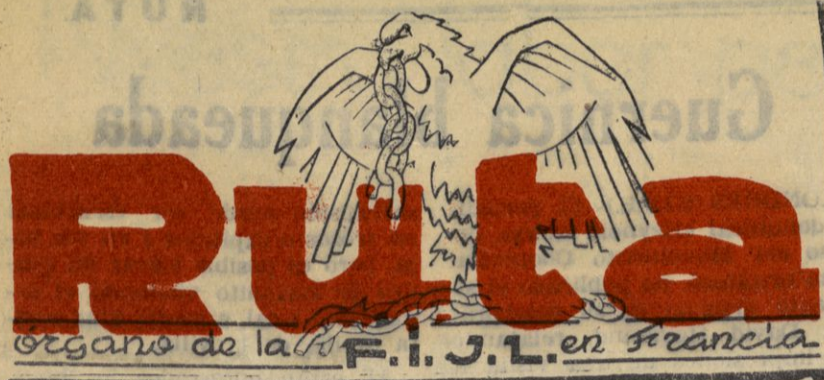
ria y de perfeccionamiento, el área que se nos presenta es mucho más amplia. Hasta el extremo, que cuando los objetos creados salen del laboratorio, el impulso que reciben, para acreditarlos y darles radio de acción, se debe mayormente a los vaivenes multitudinarios. Es como si fuera una culminación de la marcha emprendida o una fase donde la voluntad de cierta zona popular interviene para dar esencia a lo creado.

No está en nuestro ánimo restar importancia a nada ni a nadie que sea elemento de conjunto en el labero progresista. Hemos repetido infinidad de veces que todo lo que no sea contradictorio, es decir, opositor a la marcha ascendente, merece nuestros respetos y lo consideramos indispensable. Sin embargo, lo que vitaliza la marcha, lo que le da amplitud, lo que despeja las tinieblas, es la tinta del sabio y la sangre de los mártires.

«¿Qué sería de la Humanidad sin esos dos elementos básicos? No sé quién es capaz de suponerlo. Mientras tanto, demos por bueno aquello de que el Paraíso espera lo mismo a quien haya usado el golpe de la espada. No está mal, tampoco, tener en cuenta lo de las cuatro columnas que sostienen el movimiento de la vida: «la ciencia del sabio, la justicia, la virtud del bueno y el arrojo del valiente».

Si se tratara de méritar con signo distintivo a los mártires o a los sabios, no sabríamos a quién hacerlo. Si alguien intentara hacerlo, nos parecería una aberración. «¿Qué haría el mártir sin tener que defender la creación del sabio? ¿Qué haría el sabio de su

Severino Campos.



¡A la gloria de las vacaciones!

El tema de las vacaciones es inagotable en este país que posee 174 parques nacionales al cuidado de las autoridades, cubriendo un área de cerca de 900.000 hectáreas, y centenares de miles de sitios particulares acondicionados especialmente para que el pueblo, desde el multimillonario hasta el último peon, puedan gozar de sus meses, quincenas o semanas de asueto, ya sea en campos, montañas, playas, ríos o bosques. El tema es tan extenso que necesitaría un volumen, solamente para citar esos sitios de recreo estacionales; los diarios importantes editan un volumen todos los años, y esos volúmenes cuentan hasta 500 páginas; por su parte, el Gobierno edita los suyos, de igual o mayor tamaño, pero como se abstiene de publicidad comercial, solamente se ocupa de sus parques citados, anunciándolos con lujo de colores, dibujos, esquemas, diagramas, fotografías, etc., etc. Con un volumen de esos en las manos, desafío al más escéptico a que pierda la serenidad; cada página volteada es un mundo nuevo que os abre los brazos amorosamente: los cielos más azules, limpios como platos de porcelana de Longwy o moteados de albas nubes de hermosura femenina, compiten con praderas de un verde de esmeralda colombiana, de otro oscuro como la famosa Selva Negra alemana, o aún de un tierno verde que recuerda a las aguas del Nilo; junto a los cielos, las montañas románticas y suaves, alfombradas de pinos azules, o las trágicas, recortadas y atormentadas, con evocaciones de sangre... Las piernas se van solas hacia la próxima estación ferroviaria, y la imaginación galopa hacia el puerto, para salir mar adentro...

En realidad, la vida comercial, intelectual, financiera y sentimental de Nueva York, ha dejado de existir; el sistema de las vacaciones pagas y turnadas, produce la paralización de toda la ciudad; los que salen la semana próxima, están con la cabeza llena de paisaje y vacía de números, cálculos, o lo que sea, y los que vuelven de pasar sus tres semanas, continúan soñando con la vacación vivida. Se atiende, en forma sumaria, todo cuanto se refiere a la rutina de cada empresa, pero no se toma una decisión... ¡asi se caiga el cielo sobre la tierra! El neoyorquino separa su tiempo con muralla china; de un lado el trabajo, del otro la diversión; y esto es cotidiano, se convierte en algo casi tangible cuando llega la época de las vacaciones.

—Después del Labor Day? —O.K. (Pronúnciase O-qué y quiere decir: Está bien).

El Día del Trabajo es el punto final de la Era de la Vacación. La lógica norteamericana existe, aunque nadie lo crea; el Primero de Mayo no podía inaugurarse a la Fiesta del Trabajo, puesto que estábamos en plena fiesta del dulce far niente, por lo que la fecha histórica, que es de luto porque

conmemora la ejecución de los «amarreros de Chicago», se salva de la prostitución que le impusieron en otras partes, y, muy especialmente en Moscú, donde se tenía de patriotismo militarizado. Hasta el Día del Trabajo, que cae en el primer lunes de septiembre, y que es día de huelga festiva, último jolgorio, cosa del inmediato domingo, preparación para emprender el yugo oniceno, labor o laboral, nadie hace nada serio en su puesto. Es una «tierra de nadie» en la existencia cotidiana, el limbo ciudadano, la siesta neoyorquina que dura tres meses. Únicamente trabajan los que preparan programas para la «vuelta» de las vacaciones; los hombres del negocio teatral, los cómicos que repiten sus papeles hasta saberlos de memoria, sin pelusa de coma menos ni mas; los que van a lanzar nuevos productos al mercado de los que regresan de la vacación, hambrientos de ciudad y de novedades pueriles, y los pobres periodistas y escritores de habla española, que ganan menos que un portero de casa acomodada. Los demás human, beben refrescos multicolores y sorben helados multibarcas, sueñan, leen revistas melancólicas o dormitan. Si alguien llega a la oficina, se transforma en enemigo de toda ella, así aporte la fórmula mágica que enriquecerá a todos en 24 horas.

—Deberían darnos tres meses completos a todos, el mismo día— dice alguien—. Total aquí no se hace nada que valga la pena... ¡Y todo el mundo sabe esto!

—¡Imposible!—exclama otro—. Los 174 parques nacionales, y los 2.737 parques privados, no tienen capacidad para tanto veraneante a la vez. ¿Dónde dormirían esos millones de «vacacioneros»? ¿Dónde comerían? ¿Cabrían en las playas disponibles? ¿Podrían albergarse debajo de los árboles de los bosques? ¿Habría bastantes barcas para sostenerlos a flote? ¡Nada de ideas revolucionarias! La vacación, así como está constituida y practicada en Estados Unidos, es la mejor y más eficaz del mundo... y el que diga lo contrario, miente.

—Piense usted—agrega otro, agresivamente—, que la persona que procura los gusanos de tierra para la pesca, no tendría bastante mercadería de un golpe... Y si arroyos, bahías y ensenadas se agotarían como atacadas de anemia perniciosa... ¡Ni se le vaya a ocurrir proponer la vacación simultánea!... ¡Sería una verdadera catástrofe nacional!

Y cada uno, pacientemente, espera su turno; en Nueva York «hacer la cola» es tan natural como bostezar. Todos aguardan su hora, tranquilamente, sabiendo, de antemano, que esta vida es una corta vacación... porque antes y después somos simple materia prima en la cual la Naturaleza, o que se quiera, hace sus diabólicas e inútiles experiencias.

Alejandro SUX

Por estrella, el Diccionario

Tenía terminado un artículo para RUTA, titulado Momentos estelares de la Humanidad, que era glosa del libro famoso de Stefan Zweig de este mismo título, pero tras la glosa venía el comentario, y tras el comentario el razonamiento acervo de la actualidad desconcertante.

No me ha parecido apto para la publicación por existir pasión en dicho artículo, y para quien piensa que la Razón se basta por sí sola para encontrar la verdad, y que la exaltación es siempre una mala consejera, porque ofusca, eché lo escrito a la papelera y abrí mi carpeta de notas preparadas para el «Diccionario de Ar-

tes y Oficios» que será bálsamo para el desengaño y arma contra el error.

Una parte de dicho Diccionario está constituida por comentarios fríos de palabras y conceptos oscuros hasta el presente, en número de un centenar por lo menos, de entre los cuales, cito, como ejemplo, los siguientes: Alfabeto, Aptitud, Cargo, Carrera, Diccionario, Dibujo, Empleo, Escuela, Energía y Fuerza, Facultad, Herramienta, Ingeniería, Labor, Sección, Materia, Máquina y Aparato, Oficio, Orientación profesional, Proletario, Profesión, Progreso, Readaptación, Sabiduría, Salario, Trabajo, Taller y Fábrica,

Universidad, Voluntad.

Y como considero todos estos temas y los que no cito, igualmente útiles y aplicables inmediatamente al curso de la vida laboriosa, copio el primero que me sale al abrir el paquete de cuartillas que los contiene, que es correspondiente a la letra D o sea «Diccionario». Copio, pues, mi nota correspondiente a esta palabra, que dice como sigue:

«Diccionario es el libro en que por orden alfabético se contienen o explican todas las Dicciones de uno o más idiomas o de una Ciencia, facultad o materia determinada. Catálogo numeroso de noticias importantes de un

mismo género, ordenado alfabéticamente.

Ampliación:
Dicción.—Palabra, la acepción. Modo de hablar o escribir. Modo de pronunciar. La dicción será buena o mala según sea acertado o desacertado el empleo de las palabras o construcciones.

Léxico.—Diccionario de la lengua griega. Por extensión Diccionario de lenguas. Diccionario particular del lenguaje y giros de un autor.

Lexicología.—Tratado de lo relativo a la analogía y etimología de los vocablos.

Comentario:
Podría decirse también, que Diccionario es la estadística de un idioma o lengua, o de dos o más idiomas o lenguas distintos, comparados.

Don Emilio Castelar definió el Diccionario diciendo, que la sabiduría consiste en conocer el significado de las palabras; quien más significados conozca, será, por lo tanto, más sabio.

Esta definición indirecta, parecerá a algunos una paradoja y, sin embargo, es una realidad evidente. Pero, ante todo y sobre todo, el Diccionario es un instrumento de trabajo; quien lee o escribe, quien estudia, quien trabaja en cualquier arte, oficio o carrera, empleo o cargo, cualquiera que sea la actividad humana que podamos citar, le es, no útil, sino indispensable, utilizar el Diccionario o los Diccionarios. Ahora bien, como instrumento de trabajo que es, hay que saberlo manejar. Se necesita un aprendizaje como para todas las especialidades, para saber sacar al Diccionario todo el magnífico rendimiento que le es dable. Nos referimos en estos momentos a los Diccionarios Lexicológicos, y no a los técnicos y especiales. Sin embargo, con ellos podemos construir el edificio intelectual que queremos. Ahora sólo tratamos de orientar y sugerir, no de enseñar; por esto no entramos en explicaciones detalladas sobre las diversas maneras de emplear el Diccionario. De todas maneras, séanos permitido decir, que éste es como una red, que de uno a otro hilo, puede recorrerse toda, sólo cambiando de dirección en cada nudo.

hombre, unidad de medida, cantidad de pólvora, trueno, imprecisión, obnubilación, contraer, aicciones, animo, embestida o ataque, etcétera.

Es decir, que una palabra tomada al azar entre las más sencillas, nos ha producido 45 palabras a consultar, las que, cada una de ellas nos producirían, por lo menos, otras 45, resultando que, 45 x 45 son 2.025. Y si, examinando éstas nos daban otras 45 cada una, cuya operación sería: 2.025 x 45 igual a 91.125, sin tener en cuenta las repetidas, resulta que habremos recorrido todo el Diccionario, pues esta cantidad rebasa el número de palabras de los idiomas, cuyo término medio son 60.000.

Extenso sería hablar de los Diccionarios en general, por ejemplo en cuanto a los idiomas, en cuanto al número de ellos catalogados; en cuanto al número de palabras de que consta cada idioma, cada especialidad, cada Ciencia, etc. Soamente poseemos datos sobre 50 Diccionarios publicados, respectivamente: uno, en el siglo XII por David B. Joseph de voces primitivas hebreas; uno, en el siglo XV, por Palencia (Alonso), primer vocabulario latino que se conoce; tres, en el siglo XVI, de Nebrija, primer Diccionario de Derecho que se conoce; el de Molina (Alfonso) vocabulario mexicano, y el de Faber (Basilio) Diccionario latino. Cuatro en el siglo XVIII; 20, en el XIX, y 17, en el siglo XX.

De modo que, si la proporción sobre los 50 que aludimos reinase sobre la totalidad de Diccionarios publicados (lo que es muy probable) el record en este aspecto, y que en los siglos sucesivos se irán publicando menos, ya que son obras de costosa publicación, especialmente el tipo establecido de «Enciclopedias ilustradas» que constan, a veces, de 40, 50 o más tomos, continuando los llamados «Apéndices» llevando Al día las citadas obras, que con toda propiedad pueden llamarse monumentales y vivas, cuya forma enciclopédica y su acomodación progresiva hará innecesarias nuevas apariciones, dando lugar, tan sólo, a contadas especialidades y novedades científicas del curso ascendente del Progreso infinito.

He aquí una balanza que tenemos en nuestras manos para abrirnos camino entre las dificultades de la vida; bueno es que tengamos maestros, pero es mejor añadir a éstos nuestra propia maestría que no consiste más que en tener voluntad de autodidactas, y fe ciega en nosotros mismos, como átomos activos que somos del dinamismo universal.

Alberto CARSL.

EL HUMORISMO de la Fourchardiere

Hay quienes tienen de los anarquistas una idea bien singular: la de que somos gente amargada, que vamos por ahí con cara de funeral, y con la poca jovialidad que puede tener el infeliz mortal que sufre del hígado o que le aquejan constantes angustias de coalición. Creen que tenemos una innata predisposición a soltar trenos, con gesto iracundo y rostro avinagrado. Algo parecido a lo que debía ser aquel profeta Isaías, de que nos habla la Biblia. Hay también quienes nos consideran, sino como gente iracunda hasta la exageración, convienen en que somos individuos serios; que no nos reímos ni reímos aunque se nos hagan cosquillas. Estiman que vamos siempre preocupados por hallar solución a problemas abstractos de carácter social. Y bien, todo esto es necesario decirse de vez en cuando a quienes no nos conocen—son pataratas, infundios, tonterías de quienes andan despistados o pretenden despistar a los demás.

La vida social ofrece no pocos quebraderos de cabeza, da motivos para trucidar el ceno con gesto airado y, a veces, para hacer uso de argumentos más contundentes que el sereno razonar... ¡Ah! Pero, con intervalos, más o menos prolongados, también la vida nos ofrece a los anarquistas, la coyuntura de sonreír, y aun para, con esas carcajadas que, desde Homero, se vienen llamando homéricas. En el hogar, en nuestra vida de relación, en los ratos de expansión con los amigos, hay para nosotros, como para todo el mundo, a modo de remansos de paz, de tranquilidad, de alegría, de relación jovial.

Rabelais da principio a su «Gargantúa» diciendo a los lectores que reconociendo es la risa lo contrario de los enojos y tribulaciones, hay que buscar en la vida los ratos propicios al contento. «Vivez joyeux!» (Vivid alegres), recomienda. Y ello no es sólo el consejo de un gran escritor, sino precepto de médico, ya que, como es sabido, el autor de «Pantagruel» practicaba también, con relevante acierto, la ciencia de Esculapio y Galeno.

Los caracteres son distintos, como diferentes son las hojas del mismo árbol. Hay quien tiene acusada inclinación a ver en las cosas, o en muchas cosas, su ángulo humorístico, motivos de comedia que inducen a reír.

En el prólogo a «Páginas selectas», de Multatuli, dice Felipe Alaiz: «Multatuli dirigió su crítica durante unos treinta años—a partir del 60 del siglo pasado—contra los insostenibles, y no crítica fría como los humoristas aburridos».

Fulminó las palabras más justicieras y se burló lindamente de mutaciones teatrales y políticas. La expresada es una manifestación del humor que inducen, con gesto iracundo y rostro avinagrado, ha de sernos simpática a los anarquistas; no las necias «greguerías» de un Gómez de la Serna; huecas, incoloras, como pompas de jabón. Tampoco resulto el humorismo a base de cubiletes de ideas intrascendentes, como hace Chesterton, y el de meras astracanadas, como el de Jerome K. Jerome.

Muchas son, y para todos los gustos, las definiciones que se han dado del humor. Por ejemplo, Maurice Dekobra dice: «El humorista es un hombre grave que no está convencido de nada, y que nos lo hace sentir a cada momento con observaciones descortesadas o con sarcocronerías».

Bernard Shaw dice por su parte: «El humor no puede ser definido. Es una substancia primaria que nos hace reír. Es lo mismo que ensayar de demostrar un dogma».

Más expresiva que las dos anteriores, es la de un escritor que fué crítico literario en el conocido periódico inglés «Daily Telegraph», L. Courtney: «Creo que el humor es la observación minuciosa de la vida, con sus alternativas de sol y de sombra, y el poder de combatir los pensamientos melancólicos por medio de una ironía, tan pronto grave, tan pronto jovial, que nos muestra la brevedad insignificante de todo lo que agita el corazón humano». Pero las definiciones transcritas, guardan poca o ninguna relación con ese humorismo que podríamos llamar «subversivo»: así el que señala Alaiz en las obras del holandés Multatuli.

Antes de la guerra, publicábase en París el «Quinze», la revista de mayor prestigio en dicho período era la de Georges de La Fourchardiere, publicaba todos los días una sección que titulaba «Hors d'oeuvre». Era una crónica breve en la que comentaba la actualidad; unas veces eran cuestiones de resonancia periodística, otras veces eran sucesos de íntima categoría, de los que se insertan en gacetas que apenas si nadie lee. Y, en todos los casos, sacaba deducciones de carácter demotéico, entre burlas y veras, dejando mal parada no importa cuál de las más sagradas instituciones sociales. Atacaba toda suerte de hábitos, de costumbres rutinarias, encontrando siempre para ridiculizarlas las frases más apropiadas.

Muchas veces, en publicaciones anarquistas francesas, se han reproducido amplios extractos o artículos enteros de La Fourchardiere. Y es que, por su tono irreverente, por su fondo iconoclasta, sin ser anarquista, el mentado escritor ha ofrecido magníficos argumentos de crítica social a los anarquistas.

En uno de los tomos publicados por el escritor y crítico literario Fernand Vandenber, con el título «Le miroir des Lettres», dice su autor al respecto de La Fourchardiere: «Políticamente, sus opiniones se reducen a un desdén aplastante y universal con respecto a todos los partidos, todos los poderes oficiales, todos los políticos, de cualquier categoría».

Luego, agrega: «Ni dioses ni amos; ésta sería su divisa, si no pudiera superarlo capaz de sujetarse a una divisa». Escribe que hay en La Fourchardiere el desenfado de un Diógenes y un Rabelais aliado a la cultura, elegancia de estilo y mordacidad de un Voltaire.

Sus crónicas han ido publicándose en volúmenes, en cada uno de los cuales se ofrece una selección que gira alrededor de un mismo tema. Así «Les Oies du Capitole» es un alegato contra la política y la magistratura. «Le diable dans le benitier», va contra el clericalismo y las monser-

gas religiosas, y, en «Ballet sans résultat», así como en «Mouise y sus netes étages», pega a diestra y siniestra, no dejando, como suele decirse, tintero con cabeza.

Hojeando, al azar, algunos de sus libros, ahí van unas pequeñas muestras de su estilo. Refiriéndose al espíritu de las leyes dice: «Parece ser que no se puede hacer una ley clara, escrita en forma correcta y que tenga una sola significación. Los profesores de la escuela de Derecho están ahí para encontrar, en una hora, veintisiete maneras de comprender tres líneas del Código Civil. Y durante este tiempo, en París y en provincias, cincuenta y cuatro abogados sostienen cincuenta y cuatro otras interpretaciones de ese texto intangible».

Sobre los impuestos opina: «Los impuestos que pasan por el canal del Estado no llegan a su destino. La canalización del Estado se pierde, se escapa, como viene a ocurrir con los tubos reventados».

En torno a la violencia manifiesta dice: «Es por un primer acto de violencia que los pueblos acostumbran a tomar conciencia de su fuerza y pueden entrar en posesión de sus derechos. Se da el caso que echan por los suelos la Bastilla; luego ensayan de continuar, pero se fatigan pronto... Habla de los Estados felices, en que se vive «un admirable régimen de burocracia jerárquica y feudal que prohíbe el obrar y ahorra el pensar».

Menciona a los hombres de negocios, admitiendo el que se pueda tener relación con ellos, a condición de no tener necesidad de sus servicios y que ellos no ambicionan el dinero de uno. «Lo mejor, para ser invulnerable frente a un hombre de negocios es no tener un céntimo. Así estáis al margen de sus negocios, lo que es el medio más seguro de no estar dentro. Entonces observáis sus especulaciones desde un punto de vista puramente filosófico; su conversación os parece interesante... tomando la palabra interesante en un sentido opuesto al que de ella tiene el hombre de negocios, es decir en un sentido desinteresado».

Duda de quienes hacen profesión de su sabiduría. Así dice: «Hay pocos filósofos que comprendan la insona. La mayor parte pretenden que los acontecimientos se adaptan a su filosofía, cuando su filosofía debería colocarse en el ángulo de tiro de los acontecimientos».

Algunas veces se muestra escéptico referente al modo de ser de la especie humana. Así comenta: «El amigo del perro es aquel que le da de comer; por lo cual el perro soporta no pocas humillaciones; y el hombre, en este aspecto, es con frecuencia, parecido al perro.» Y, volviendo a las debilidades humanas, he ahí un rasgo de su humor: «Robinson Crusoe podía haber sido feliz. Ese imbécil había encontrado una deliciosa isla desierta. Allí tenía derecho de ser el solo loco, de ser el solo sabio, de tener siempre razón; y, sin embargo, perdía el tiempo llamando a los barcos que pasaban para obtener el favor de ser encarcelado de nuevo entre las fieras humanas».

No obstante, La Fourchardiere no es de los que se dejan llevar totalmente del pesimismo. Hay en sus escritos ráfagas de esperanza y confianza en los hombres de buena voluntad. Así, en uno de sus últimos libros, hace una calurosa defensa del hombre que, lealmente, defiende una noble causa, de loable fondo moral. Y apunta: «Un ideal está siempre por encima del interés, que es el alma de los hombres ordinarios».

Así es el humorismo de La Fourchardiere, escritor que puede considerarse entre los que han escrito porque tenían algo que decir; cosa que no puede decirse de muchos que escriben.

FONTAURA

De la España que huye

Nuevas noticias nos llegan diariamente de España. La avalancha de españoles que cotidianamente atraviesa el Pirineo, es portadora de informaciones que revelan la magnitud de la tragedia de nuestro pueblo. Por si la huida masiva que se produce no fuese por sí harto elocuente, el relato de escenas vividas, de incidentes acaecidos, de represiones sufridas, aumenta y facilita la comprensión de esa realidad dolorosa que es España.

Hoy, un muchacho, casi un niño todavía, que abandona España porque no quiere servir al verdugo que asesinó a sus padres.

Ayer, una muchacha que se aleja de su hogar porque la zarpa del franquismo la amenaza.

Jóvenes desorientados que acuden a Francia huyendo del horror o de la prostitución; ancianos que quieren ver a sus hijos exilados; mujeres que buscan a sus compañeros.

A un viejo andaluz, campesino, que ha andado once días para ganar Francia, le preguntamos: —¿Por qué has salido de España? —Por qué?—nos responde agresivo.—¡Porque en España, los

hombres honrados se mueren de hambre!

—¿Pertenece a algún partido político o a alguna organización sindical?

—No, pero eso no me ha impedido pasar cinco años de presidio en el penal de Ocaña.

A una anciana que viene a Francia, en donde no tiene a nadie, le hemos preguntado lo mismo y nos ha contestado exactamente lo siguiente:

—Tenía dos hijos y una hija. El mayor murió en la guerra, al pequeño le fusiló Franco. La hija se ha casado con un policía falangista. Ya no me queda nadie y prefero morir en Francia.

A un desertor del ejército le pedimos explique su gesto:

—El ejército es siempre odioso, pero el ejército de Franco es para mí peor que la cárcel. La mención de «rojos» consta en mi ficha personal y ya saben ustedes lo que significa...

Hombres que han vivido largos años en los presidios y en las cárceles huyen de España porque la amenaza del régimen policíaco se perpetúa sobre ellos.

—Vivi siete años en San Miguel de los Reyes—nos dice uno de

ellos—desde el 41 hasta principios de este año. He venido a Francia porque en la represión que actualmente sufre Cataluña hubiese sido una víctima más.

Y al lado de estas informaciones nos llegan otras más alentadoras:

En los campos y montes de Andalucía las guerrillas desarrollan una gran actividad punitiva contra las fuerzas de Franco.

En Aragón, grupos de guerrilleros sabotean las comunicaciones y las centrales eléctricas.

En Vasconia, Franco sufre un atentado que la prensa ha pretendido desvirtuar.

En Madrid, la policía aumenta las medidas de vigilancia por temor a que se produzcan nuevos atentados.

El día 22 de septiembre, entre Igualada y Manresa, hubo un choque entre grupos de la resistencia y la guardia civil. El tiroteo duró varias horas y la resistencia se retiró sin sufrir pérdidas después de haber infligido tres bajas a la benemerita.

Estas noticias, sabidas ya por nosotros, demuestran que el pueblo

(Pasa a la segunda). Juan PINTADO.

Ensayos

No culpemos al destino

Las obras buenas, cuando fracasan, se rehacen y, si vuelven a fracasar, se inician una vez más.

No, no culpemos al destino... Somos exilados porque quisimos hacer de España el vértice de la avanzada social de la Humanidad. Porque iniciamos la Revolución Social. Porque combatimos al fascismo y al capitalismo. Porque no idolatramos al Estado.

Somos proscritos, porque quisimos ser libres, porque queremos serlo todavía. Porque luchamos para serlo mañana.

No, no culpemos al destino... Ha sido la Sociedad perversa, más veces cruel, la que de nosotros ha hecho desterrados; la que nos ha vedado la libertad de nuestra tierra, arrancándola de nuestras manos y hundiéndonos en el cieno de la esclavitud.

Ha sido la furia demoleadora que nace de lo viejo, de lo arcaico, de un pasado tenebroso, quien ha hecho del mundo el artificio de nuestra derrota.

Quisimos oponer escuelas libres a los claustros de la Iglesia; quisimos glorificar a Cervantes y olvidar a Atala; quisimos terminar con el caballo de Troya, que transportaba en sus entrañas artificiales la opresión más negra, y el capitalismo, la sociedad y el Estado, temblaron.

El destino es inocente... Han sido los «junkers», los cañones, el bloqueo de la Autoridad, quien destruyó el cuadro de nuestras realizaciones. Ha sido la incompreensión de los hombres. Ha sido el dragón de fuego de la perversidad. ¿Qué hubiera significado un mundo nuevo para la tétrica esfinge de la maldad? ¿Qué hubiera sido una sociedad libre frente a la caótica actualidad? Las fieras también se defienden y por eso sufrimos los zarzapos de la crueldad.

Pero exilados, proscritos, desterrados, seguimos en vida, y frente a nosotros se encuentra el futuro presto a ser abordado, presto a ser horrible o bello, dispuesto a aceptar el triunfo de la fuerza o de la razón.

La perseverancia es un arma temible para lo negativo, porque garantiza a menudo el triunfo. Seamos perseverantes. Continuemos por la ruta de nuestras ilusiones. Avancemos hacia el Porvenir y abandonemos, ¡cuanto antes!, un presente que pertenece al pasado.

Lo que ayer nos arrebató la sociedad, mañana será nuestro. El mundo evoluciona, los hombres evolucionan también y lo que hoy es amargura, mañana se convertirá en alegría, si lejos de llorar sabemos sonreír en la lucha.

Pero no, no culpemos al destino, porque es el soplo de la voluntad de los hombres, y los hombres, serán mañana, cuando la luz disipe las tinieblas que corroen su espíritu, anarquistas.

J. P. V.